ZOCOS, 33

EL MISTERIO DE ÍTACA

© Fotografía de portada, Juan Pedro Quiñonero

© Textos, Juan Pedro Quiñonero

© Confluencias, 2025
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Revisión editorial: Eduardo Caro Calvo

Impreso en España

ISBN: 979-13-991021-5-4
Depósito legal: AL 6265-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JUAN PEDRO
QUIÑONERO

EL MISTERIO DE ÍTACA

Una temporada en París

CONFLUENCIAS
EDITORIAL

Para Feliciano Fidalgo,

in memoriam

ÍNDICE

I. La biblioteca encendida 15

II. Volverás a París,
pero nunca llegarás a nada 19

Los caminos del bosque 23

III. Bosques de hombres 29

Sonata de otoño 32
La ciudad en llamas 36
La sombra de Azorín 40
El ángel de Ramón 44
Arquitectura espiritual 47
En el portal de París 50
Falla y los Inmortales 53
Áureas leyendas 57
Verano glorioso 60
Mares del sur 63

El año Pla 67
Esperando la primavera 71
Perfumes opiáceos 74
Tormentas de ceniza 78
España y el Palais Royal 82
La escultura y los perros 85
Gargallo y las sirenas 89
Don Pío y la princesa 93
Conjurados por Ramón 96
Danubio azul 100
Don Antonio y Leonor 103
Gershom Scholem 107
El ángel de Guillén 110
Pablo Corbalán 114
Rafael Conte. *In memoriam* 117
Belenes murcianos 122
César, o nada 126
Contra la muerte 129
Raíces de Europa 133
Españoles en el Limbo 137
Citas secretas 140
Insomnio y frivolidad 144
Hernando Viñes 147
Via crucis 151

D'Ors y nosotros 155
Ramón y el Nuevo Mundo 158
Ángeles en el destierro 162
El ruido y la furia 166
El balón y la guillotina 169
Sinfonías infantiles 173
Sombras celestes 177
La tierra baldía 180
El Cid, en París 184
Elegía sevillana 188
Áureo despertar 192
Galicia artúrica 196
La tierra que vendrá 200
El nuevo mundo 204
Murcianos en París 207

IV. La leyenda de Saint-Germain 213

V. Noticia de la resurrección 225

EL MISTERIO DE ÍTACA

Una temporada en París

I

LA BIBLIOTECA ENCENDIDA

En la ciudad de Al-Farabi, las almas de los muertos escuchan y guían los pasos de nuestras almas en pena, descarriadas en el dédalo urbano.

Cuando yo era niño, en Totana, mi familia solía pasar algunos días, en verano, en Mazarrón y Águilas, tan próximas a la Almería donde Asín Palacios descubre la escuela neoplatónica musulmana que bien pudo influir en la concepción sagrada de la lengua de San Juan. Sin embargo, el saqueo, incendio y destrucción de innumerables bibliotecas nos impide conocer, con precisión, muchas de nuestras raíces originales, que, en este caso, volverían a florecer cuando el mismo autor del *Cántico espiritual* descubrió en Plotino la misma huella

alejandrina que ya había dado sus primeros pasos en nuestras playas, con las primeras traducciones árabes y persas de Filón.

Mis hijos han descubierto esas rutas mediterráneas en las playas de Caldetes, al pie del Turó des Encantats donde todavía quedan lejanísimos restos de un pueblo ibero, destruido y saqueado, como tantos otros pueblos iberos, donde perdimos, hace siglos, la primera siembra de los conceptos del *logos* y el *agápē* donde se fundan, cómo dudarlo, nuestras primeras concepciones del verbo y la comunión de algunos hombres consagrados al servicio de la lengua y las palabras. Entre la destrucción de Cartago y el fin de la Cartagena bizantina también condenamos a las llamas los innumerables restos de otra biblioteca, quizá más vasta que las *Etimologías* de San Isidoro.

En su llanto por la ruina de los abbadíes y el destino de Mutamid, en el puerto de Triana, camino de Agmat, Ben al-Labbana de Denia nos deja una de las primeras y más memorables elegías a la huella de tantas de nuestras bibliotecas condenadas al infierno de las llamas, las cenizas y el olvido. Córdoba y Toledo nombran,

también ellas, la encrucijada donde se forjaron y perdimos innumerables constelaciones de libros y rutas del espíritu, para siempre proscritas, para nuestra desdicha.

Viviendo yo mismo en el destierro, cada día camino por las calles donde otros vivieron, sin dejar huella conocida. Con el paso del tiempo, sin embargo, descubro que mis pasos me conducen por las callejuelas de una ciudad invisible, cuyas luminosas avenidas componen una arquitectura celeste, la trama de una biblioteca cuyos infinitos estantes echan los cimientos de una ciudad ideal que habla de una vida que no me pertenece.

Mi panadería está a medio camino de los últimos domicilios de Saint-Simon y Mercè Rodoreda. El azar me lleva una y otra vez hasta el domicilio de paso de don Antonio y Leonor. Subo, con frecuencia, por la calle que tantas veces tomaron don Pío, Jorge Guillén y Pedro Salinas; la misma calle del primer hotel de los hermanos Machado, a la vuelta de la esquina del primer domicilio de Ramón, tan próximo a los hoteles de Pla y Agustí Calvet, que se hizo célebre utilizando el pseudónimo de

Gaziel. Cuando llevo a Juan Florencio y Pedro al Luxemburgo, cruzamos por la esquina donde Llull comenzó a escribir su autobiografía.

Todos esos caminos se cruzan e iluminan en la lejanía inevitable del tiempo, cubriendo con el polvo de los años y el olvido el áureo paisaje de los pasos perdidos. El desterrado mira hacia atrás y reconoce a todos y cada uno de los compañeros de un viaje que no acabará nunca. Sube las escaleras de la Biblioteca. Alguien lo guía a través de una galeria de venerables retratos iluminados. Allí al fondo está el poeta que hoy dirige esta casa. No han pasado los años. Esperamos a C., que tiene las llaves de la casa de la lengua. Las puertas se abren de par en par y todas las luces de la Biblioteca están encendidas. Amén.